

José M. Corredor

Cervantes, o la gran piedad de los hombres



El destino del gran libro clásico es de ser «siempre actual»; «no pasa nunca de moda» y siempre contiene enseñanzas para nuestro presente. ¿Nos damos claramente cuenta de lo que entraña en sí este hecho portentoso: la perenne actualidad? Porque la vida, por su esencia misma, es cambio, variedad, mutación. ¿Qué misterio se esconde, pues, en los estratos profundos de la gran obra clásica, que le permite sobrevivir a los siglos y a las épocas, y presentar a cada nueva generación un perfil atrayente y, sobre todo, un aliciente desconocido?

Quizás la clave del misterio radique en que, como afirma el célebre psicólogo C. G. Jung, los temas fundamentales de la vida humana son reducidos. Y en que el gran libro clásico cala en lo hondo de los grandes temas humanos; la mirada del genio los ilumina con una luz penetrante, los despoja de sus envoltorios convencionales y los describe en su simple y profundo dramatismo. A través del milagro de la creación artística, es la Vida, la Vida de los hombres, la que se presenta a los ojos atónitos de cada nueva generación.

Se comprende que cada época se interrogue ante el enigma de la obra clásica, y que oriente su atención, sus indagaciones,

hacia las facetas y los perfiles que juzga más representativos. Sin embargo, como dice Ortega y Gasset, «cada época es un sistema de clarividencias y de cegueras». Prestar atención a un punto determinado significa, automáticamente, desatender a los demás, cubrirlos de tinieblas. Y ante un libro que resiste impávido a los cambios de sensibilidad y de pensamiento, al nacimiento y a la muerte de fórmulas políticas, al apogeo y a la decadencia de géneros artísticos, es natural que cada época trate de acercarse a él y de descubrir el «secreto» que encierran sus páginas. ¿Lo consigue? Es muy problemático, por no decir imposible. La sensibilidad vital de una época tiene sus clarividencias, pero tiene también sus cegueras; es decir, es una sensibilidad limitada (Shakespeare era un «bárbaro» para los racionalistas refinados del siglo XVIII; algunos decenios más tarde, Shakespeare era un «ídolo», un «maestro», para los fervorosos románticos).

* * *

No seamos demasiado presuntuosos al tratar de acercarnos al «Quijote». Tengo en mi mesa de trabajo un opúsculo, publicado con motivo del IV Centenario de Cervantes por un excelente hispanista francés, Louis-Philippe May. El título es ya significativo: «Ensayo de desciframiento de Don Quijote». El autor parte del supuesto, muy verosímil, de que el «Quijote» destila un «sentido hermético»; y que en la actualidad, escapándose las alusiones contemporáneas, es muy difícil aprehender su «sentido» exacto. «Sólo se muestran las palabras; la idea se oculta y los mismos españoles no entienden por completo su libro». ¿A qué puede conducir, por lo tanto, el «ensayo de desciframiento»? Simplemente, a formular una tesis más; el autor, basándose en trabajos de Américo Castro y de Jean Cassou, enuncia la siguiente: «Cervantes, un des fondateurs de la libre pensée». Ello es posible—no vayamos a discutirlo ahora—; en

todo caso, lo que es cierto, y no sólo posible, es que Cervantes sería esto y muchas otras cosas.

Seamos modestos; seamos leales al espíritu de Cervantes y seamos leales a nuestro tiempo. Contemplemos al Caballero andante, a su fiel escudero y al panorama humano que los circunda, con nuestra sensibilidad de hombres del siglo XX; de una época vacilante, atemorizada ante unos horizontes nebulosos. Quizás el «secreto» siga esquivándose, huyendo de nuestras miradas profanadoras. No importa. Si somos sinceros con nuestra intimidad, ahora, en este IV Centenario cervantino, sentiremos como nuestra pobre víscera cordial acelera su ritmo, y veremos como en nuestra mente se reflejan algunas ideas consoladoras.

Emociones e ideas para nuestra vida, «hic et nunc»; si no su «secreto», sellado para siempre en el silencio de la tumba, Cervantes nos revelará uno de sus mensajes póstumos—su mensaje *actual*, envuelto en alegorías, en sonrisas burlonas, en aventuras descabelladas, en refranes populares y, sin embargo, utilizando unas palabras de Nietzsche, «humano, demasiado humano».

* * *

«No existe libro alguno cuyo poder de alusiones simbólicas al sentido universal de la vida sea tan grande, y, sin embargo, no existe libro alguno en que hallemos menos anticipaciones, menos indicios para su interpretación». (Ortega y Gasset, «Meditaciones del «Quijote»»).

Estas palabras de Ortega nos sitúan frente al gran problema. ¿Sabemos bien lo que de la vida aspira a sugerirnos el «Quijote»? ¿Se burla Cervantes? ¿Y de qué se burla ese pobre caballero desde el fondo de una cárcel? ¿Es su novela una sátira de los libros de caballerías, escrita por un hombre que en otro libro suyo, «Persiles y Segismunda», da también libre cur-

so a lo extravagante y a lo inverosímil? ¿Combate Cervantes el inconformismo, el gusto de la aventura, la pasión de la heroicidad? ¿Y por qué si los combate, nos presenta un personaje —la «sublime locura quijotesca», como decía Unamuno— más sugestivo que infinidad de héroes, de aventureros, de inconformistas? Un ex cautivo que se debate en medio de pesadillas familiares, ¿cómo siente la mujer y el amor? ¿Dulcinea es una parodia de Beatriz, de Laura: es una parodia del «amor platónico», rehabilitado por el Dante y Petrarca y cultivado también por Ronsard, por Auzies March, por Garcilaso, por Camoens? ¿Quiere darnos Cervantes una visión panorámica de su país en una época determinada? Y entonces, ¿cómo sentía y qué pensaba de la gran aventura imperial? Y en un escritor posterior al Renacimiento, contemporáneo del Concilio de Trento, que tropezó también con la vigilancia del Santo Oficio, ¿cuál era su interrogación íntima frente al problema religioso, y cuál su pensamiento sobre la ruptura de la Cristiandad, sobre el Protestantismo y la Contra-Reforma? Los Consejos prudentes de Don Quijote y el empirismo lleno de buen sentido de Sancho, cuando gobierna su «ínsula», ¿insinúan una concepción política? ¿O son también una burla?

Las preguntas podrían prolongarse indefinidamente. Y es que esos grandes espíritus renacentistas y post-renacentistas toman sus precauciones y no disimulan su cautela. Exigencias de su época

Los escritores, para salvarse—y aun no siempre—de la persecución, disponen entonces de dos armas preciosas, que convierten en enigmático su pensamiento: la alegoría y la burla. Erasmo emplea muchas veces la ficción alegórica y el aire burlesco. La obra de Rabelais es una «farce» gigantesca, y a menudo sus carcajadas resuenan estrepitosamente. El mismo Descartes confiesa en una de sus cartas que debe avanzar «masque», protegido por una máscara.

No obstante, tratemos de encontrar en Cervantes un punto de general coincidencia. Fijémonos como en el «Quijote» convergen y se armonizan la tradición épica y el nuevo realismo; la literatura de los señores y la literatura de los villanos. La épica se movía en una atmósfera irreal, quizás desdeñosa de la auténtica humanidad; y el nuevo realismo: los «fabliaux», los relatos satíricos, las comedias mordaces, rezumaban un sabor de resentimiento. En Cervantes, ni alcurnia de amo ni humillación de criado; ni desdén, ni resentimiento. Un Hombre.

¿Quién puede negar el sentido humano, el humanismo de Cervantes? Si penetra la vida del hombre hasta en sus zonas más recónditas, no es para ensañarse en ella, como en una presa fácil. Tampoco para ensalzarla con halagos hipócritas. Es con una inmensa piedad. Tal vez con la inmensa piedad que sabe triunfar heroicamente de los entusiasmos marchitos.

Cervantes nos dice que estuvo más de cinco años preso en Argel, «donde aprendió a tener paciencia en las adversidades». Sus desgracias no empezaron en Argel, ni terminaron cuando cesó el cautiverio.

Pero es que este cautiverio no tenía un fin previsto de antemano. ¿Quién aseguraba el rescate? Por consiguiente. ¡cuántos días y cuántas noches con la única perspectiva de una vida miserable, de una agonía prolongada! ¡Cuántos momentos, quizás, de caídas en el nihilismo, y de silenciosas invocaciones al «dulce ángel de la muerte»! Y si después del regreso a la Península, el éxito y las facilidades hubiesen acompañado al antiguo soldado de Lepanto, la herida hubiera podido cicatrizar; sin embargo, encontró más envidias que agasajos; nuevas penalidades, nuevos desengaños le aguardaban.

El sufrimiento es la raíz humana de Cervantes. El cautivo rescatado habría podido abandonarse a las indiferencias o al rencor. Su genio venció a las dos tentaciones; si hubiese cedido a la primera, su nombre nos sería desconocido; si hubiese aceptado la segunda, poseeríamos sólo una crítica amarga y vulgar.

Cervantes superó su drama íntimo con la piedad. Dirigió unas palabras a los hombres para alentarles y al mismo tiempo para compadecerles; en el fondo, para bendecirles serenamente.

* * *

El humanismo de Cervantes es la lección que más y mejor deberíamos meditar en este IV Centenario.

Un centenario que se celebra cuando la humanidad acaba de pasar por una horrenda tragedia, y cuando los horizontes presagian una posible y tal vez más terrible catástrofe. Cuando la propia patria de Cervantes guarda aún las huellas sangrientas de la guerra civil, sin que renazca y triunfe de nuevo en ella el espíritu de concordia.

Cervantes ofrece un valor de contraste en relación a una época desorientada. Si es aventurado precisar el «secreto» de su obra, no lo es, en cambio, descubrir su escala de valores vitales. ¿Hay en ella una incitación a la crueldad como norma de conducta, al miedo y a la angustia como estigmas obligados de la existencia, a la intolerancia y al fanatismo como fructuosos ingredientes de las relaciones humanas?

Todo lo contrario. La piedad de Cervantes le sirve para conocer y comprender incluso los antagonismos; para aceptar con una sonrisa amistosa todos los ensueños y todos los desencantos de la criatura humana, eternamente insatisfecha, eternamente necesitada a la vez de alimentos y de conmiseración.

Al principio de uno de los capítulos del «Quijote», Cervantes escribe: «Post tenebras spero lucem».

La divisa que mejor convendría al hombre contemporáneo.